

Entre la ciencia y la insensatez

Luis Fernando González Escobar



17

Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

La soberbia del mundo contemporáneo fue reducida a la mínima expresión de la manera más inesperada. Un virus paralizó al mundo. Puso a temblar la economía, los paradigmas de la sociedad y, sobre todo, volvieron a emerger los miedos que, en apariencia, comenzaron a ser arrasados desde siglos atrás, bajo los principios de la razón y la ilustración. Nunca, como ahora, la ciencia pudo explicar, incluso de manera rápida y certera, las razones del contagio, la composición del agente infeccioso microscópico, al punto de establecer tamaño y peso nanométrico, mapa genético, entre otros detalles especializados. Incluso, la ciencia avanza

a pasos vertiginosos sobre los mecanismos de control y la probable vacuna; es decir, jamás estuvo la humanidad tan preparada frente a algo que en otros tiempos era inexplicable.

No obstante tanta certeza científica, afloran los temores más ocultos del hombre como en tiempos de Procopio de Cesarea, cuando una peste que arrancó en Egipto en el año 542 llegó a Bizancio, la capital del Imperio, y estuvo a “punto de arrasar toda la raza humana”, como lo atestigua en *Historia de las guerras*; ayer, como hoy, no afectó una parte concreta sino que se extendió “hasta los confines del mun-

do, como con miedo a que se le escapara algún rincón”; como tampoco a un tipo de hombre sino que “se cebó en cualquier vida humana, por muy distintos que fueran unos hombres de otros, sin perdonar naturalezas ni edades”, ni maneras de vivir, dónde habitaban o actividad que ejercieran. Aquello que fue igual para las consecuencias, también parece idéntico para explicar las causas y sobre todo sobre quienes lo argumentan:

Y lo cierto es que, para cualquier otra calamidad de las que manda el cielo, hasta podrían aventurar quizá, quienes se atrevan, alguna explicación de su causa, como a menudo suelen hacer los que tienen la habilidad de fantasear razones absolutamente incomprensibles para los demás mortales y fingir teorías peregrinas sobre los fenómenos naturales; y aunque saben que lo que dicen es una insensatez, se consideran satisfechos con engañar con sus embustes y convencer al primero que encuentran en su camino.

18

En tiempos de las explicaciones científicas, nuevamente aparece la voluntad y el castigo divino, como la causalidad mayor; así, resurgen los sacerdotes, rezanderos, astrólogos, buhoneros, charlatanes, adivinos y apocalípticos del desastre. Nuevamente los conjuros, invocaciones y rezos para apaciguar los miedos de los humanos y la ira de los dioses. Como dice Procopio para los tiempos de Bizancio, también ahora pululan las fantasías y teorías peregrinas, los engaños y embustes; así, pastores chantajistas, ofrecen a cambio de diezmos protecciones de sus dioses, incluyendo certificados con coberturas temporales delimitadas. Pero no es un campo exclusivo de los religiosos mercantilistas sino de los políticos de todo orden y pelambre. Políticos negacionistas, obviamente con una base religiosa como fundamento o por puro *marketing*, que acuden a orar ante advocaciones marianas, las llevan en estampitas en los bolsillos u organizan procesiones, aun en contra de las mismas autoridades religiosas. La pandemia ha mostrado cómo muchos políticos, de izquierda o de derecha, han desestimado la



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

ciencia y en su insensatez acuden a las más peregrinas teorías en sus delirios de poder.

Claro que la propia insensatez llegó a la misma ciencia y al pensamiento. Científicos decadentes, lo mismo que filósofos e intelectuales, con ganas de mantenerse en el estrellato mediático, también entraron, fantasearon razones y acudieron a teorías peregrinas como en tiempos de Procopio. Acudiendo a neologismos o malabares retóricos, a simplificaciones o generalizaciones, buscando que la realidad se pareciera a las teorías de sus libros de éxito, también aportaron al engaño intelectual de las causalidades, lejos del rigor de la ciencia.

Pareciera que no cambiaran los tiempos, pues aun los únicos remedios hasta el momento son el encierro -cuarentena- y el convencional jabón, aquel invento antiquísimo persa, que llevaron de Alepo a los puertos de Europa, y cuya primera fábrica europea la construyeron los árabes en Sevilla, en el siglo X, en tiempos del Al-Ándalus. Un pequeño y viejo invento que aún nos salva en tiempos de pandemia, ciencia e insensatez.

Luis Fernando González Escobar es Profesor Asociado de la Escuela del Hábitat de la Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.